



Hallazgos

ISSN: 1794-3841

revistahallazgos@usantotomas.edu.co

Universidad Santo Tomás

Colombia

Guzmán Méndez, Diana Paola

LAS HISTORIAS DE LA LITERATURA REGIONALES COMO NUEVO PARADIGMA IDENTITARIO

Hallazgos, núm. 8, diciembre, 2007, pp. 87-98

Universidad Santo Tomás

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413835168006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LAS HISTORIAS DE LA LITERATURA REGIONALES COMO NUEVO PARADIGMA IDENTITARIO

The stories of literature as a new paradigm regional identity

Diana Paola Guzmán Méndez¹

Recibido: 17 de septiembre de 2007 • Revisado: 2 de noviembre de 2007 • Aceptado: 9 de noviembre de 2007

Resumen

El siguiente artículo se deriva de un proceso de investigación doctoral en torno a la problemática de la periodización de la literatura colombiana. Por tal razón, se presenta una revisión historiográfica, fruto de la observación académica de los procesos sociales y literarios. Ejemplo de ello es la formación de la Gran Colombia que, no sólo constituyó un plan de unificación continental fallido, sino que devino en dos elementos retóricos fundamentales que jugaron un papel principal en la conformación de la identidad nacional: la imagen de ciudadano y de la gran familia granadina. Luego de la disolución del plan bolivariano, cada país tuvo que mirar hacia su realidad, el territorio de lo que hoy es Colombia se encontró con una serie de fronteras y fragmentaciones entre las regiones que conformaban la geografía nacional.

El discurso literario se transformó en el medio más idóneo para expresar y reafirmar la presencia, que regiones distintas a la capital buscaban legitimar en el marco del discurso hegemónico oficial. Por tal razón, las historias de la literatura regional configuran, en sus inicios, un discurso de raza que trasparenta la influencia y pervivencia de los elementos que impulsaron el nacimiento de la Gran Colombia.

Palabras clave

Región, Gran Colombia, ciudadano, familia, literatura, raza, nación.

¹ Doctoranda en Literatura de la Universidad de Antioquia, Magíster en Literatura Hispanoamericana del Instituto Caro y Cuervo, Profesional en Estudios Literarios de la Pontificia Universidad Javeriana. Docente de la Universidad Santo Tomás, coordinadora del Sistema de Información de la Filosofía Colombiana SIFCO, catedrática de la Pontificia Universidad Javeriana.

Summary

The formation of the Great Colombia did not only constitute a failed continental unification plan, but it resulted in two fundamental rhetoric elements that played a main role in the conformation of the national identity: the image of the citizen and of the great Grenadian family. After the dissolution of the Bolivarian plan, each country had to look towards its reality, the territory of what today is Colombia found itself with a series of boundaries and fragmentations between the regions that conformed the national geography.

The literary speech was transformed in the most suitable way to express and reaffirm the presence, that regions different to the capital, looked to legitimize in the official hegemonic frame of the speech. For that reason, the stories of the regional literature configure, on its beginnings, a speech of race that reveals the influence and continuity of the elements that provoked the origins of the great Colombia.

Key words

Region, Great Colombia, Citizen, Family, Literature, Race, Nation.

1. Develando el estatus colonial

Como es bien sabido, la literatura constituyó un elemento fundamental dentro de la formación del relato de nación que caracterizó al siglo XIX latinoamericano. En nuestro país, se publicaría la primera *Historia de la Literatura* escrita por el bogotano José María Vergara y Vergara en 1867 publicada por la imprenta de Echeverría Hermanos. El listado de obras que conformaron el corpus de esta Historia estaba constituido por escritos que daban cuenta de la relación “irrompible” entre España y América. Vergara no establece ninguna división metodológica basada en el lugar de nacimiento de los autores, que como es lógico, situaban, en su mayoría, el origen hispánico de su apellido. Por otro lado, el paradigma liminal entre la imitación de los escritores nacionales y la búsqueda de la expresión propia, es situado por el autor a partir de la Independencia,

presentándola como resultado de la influencia que tuvieron los Jesuitas provenientes de tierras europeas, sobre aquellos que más tarde, formarían parte del grupo independentista.

Hasta allí, y como es evidente, el lugar de origen de dichos autores no denotaba mayor importancia, todo su desarrollo intelectual y religioso se situaba en el centro de la nación. El territorio que se alejaba de la metrópoli no era tenido en cuenta de forma alguna, es más, todo aquello que no creciera dentro del escenario urbano denotaba para este historiador una muestra de atraso y barbarie, por ende, no se produciría ningún tipo de expresión literaria que valiera la pena tener en cuenta. Incluso, aquellas regiones apartadas del perímetro central, eran los espacios en donde se gestaban las revoluciones que se fueron conformando como partidistas². Pero antes de las múltiples guerras

² Ejemplo de ello es la gestación de la segunda revolución conservadora (1876-1877). Bajo la consigna de defender la religión, varios estados como el Valle y el Cauca, se unen en pro de la defensa frontal de la Iglesia, se inicia una guerra entre estados liberales como Santander y conservadores como Cundinamarca.

que subsiguieron a la Independencia nacional, las regiones apartadas, empezaban a conformar el grito de lo se reconocería más tarde como el principio del fin de la hegemonía española³. El inicio del periplo independentista, trajo consigo un conflicto entre territorios que conformarían el reino granadino, el período comprendido entre 1810 y 1816, conocido en los anales históricos como la Patria Boba, develo la guerra por la tierra y el poder entre regiones, tanto las que forman parte de lo que hoy es Colombia, como aquellas situadas en el Ecuador y Venezuela. El mismo José María Vergara y Vergara denominaría uno de los capítulos finales de su obra como “los restos del naufragio”, dentro del cual situaría el período de caos y fragmentación que viviría el país luego de la Independencia.

Para hablar de una historia regional, es preciso situarnos en el proyecto de nación conservadora, pero sobretudo, en uno de los aspectos por los que más encarnizadamente lucharon quienes pertenecieron a esta corriente ideológica: el centralismo. Los conflictos que encarnaron las últimas décadas del siglo XIX, vieron su reflejo más inmediato en la lucha entre centralistas y federalistas, mismos que evidenciarían el fracaso liberal⁴, y denominaría el joven estado como Estados Unidos de Colombia a partir de 1863 y hasta 1886. La esencia ideológica de dicha corriente, se centraría en el derecho divino y principio de verdad que cerraría cualquier ventana de negociación o aceptación de la diversidad. Sin embargo, el impedimento

de reconocimiento que afectó a otros territorios, no proviene solamente de la presencia hegemónica del ideario conservador, sino que tiene inicio desde el establecimiento de la Gran Colombia el 17 de diciembre de 1819. De esta manera, regiones como la Capitanía General de Venezuela y la Presidencia de Quito, que si bien habían formado parte del Virreinato de la Nueva Granada, adquirieron cierto rasgo de alejamiento del hoy territorio nacional, incluso cada uno había llevado por su cuenta movimientos independentistas.

Por esta razón, el punto de identificación de los neo-granadinos cambia, se amplía y se sumerge en una vorágine de referentes desconocidos, pero, y como lo hemos dicho anteriormente, el sustrato conservador, promulgaría desde sus raíces⁵ la unión de la nación como fortaleza primigenia. Ambos nacionalismos, tanto el español como el granadino, se situarían en la creación de una identidad nacional basada en un punto en concreto. En el caso de España, y como lo hemos enunciado, se volcaría hacia la defensa de la religión católica, en el caso de la Gran Colombia, lo enfocaría sobre la dinámica de expulsión de los españoles y su hegemonía. En este período de la Historia, el federalismo, que promulgaría la independencia de las regiones del centro exclusivo, había decantado en fracaso en la región de lo que hoy conocemos como Venezuela, misma que durante la transición entre 1810 y 1811, sufriría la restauración del régimen español. El retroceso del proceso político en las regiones⁶, devino en enfrentamientos internos, dentro de un sistema nuevo de jerarquías: aquellos leales a España y parti-

³ La primera insurrección ocurrida en el actual territorio de Colombia tuvo lugar en Valledupar en abril de 1810. La Junta de Gobierno de Cádiz ordena el retiro de Amar y Borbón... noticia que portaba el Comisionado Regio el quiteño Antonio Villavicencio. El 22 de mayo en Cartagena de Indias, un movimiento revolucionario crea una Junta de Gobierno. Los sucesos continuaron en julio de 1810. El 3 de julio Santiago de Cali formó sus juntas, luego vendrían Socorro y Pamplona.

⁴ Vale la pena aclarar que dicho fracaso se centraría en el ideario político y la aplicación del mismo en una sociedad, que como lo dice Germán Colmenares (1987) no reconocía una tradición, ni siquiera para ser trasgredida.

⁵ Las raíces del nacionalismo conservador en nuestro suelo, tuvieron, paradójicamente, como modelo el nacionalismo católico español surgido desde el matrimonio de los Reyes Católicos. Como es bien sabido, la unión entre coronas garantizó la constitución de una España más fuerte cimentada sobre las bases de la religión católica, misma que devino en la persecución radical a los moros y judíos. Su objetivo no era otro que crear una nación fuerte y homogénea, que no tuviera oportunidad de fragmentarse.

⁶ En el territorio de la Nueva Granada, el orden español se restableció por causa de la presencia de Pablo Morillo “El pacificador”, quien en su campaña de 1816, volvió a afianzar las instituciones hispánicas. Casanare sería la única región que permaneció al margen de esta avanzada, y se convertiría en el lugar de refugio de los independentistas.

darios del antiguo orden, los republicanos, partidarios del centralismo y de la creación de un Estado propio comandado por los criollos, finalmente, los mestizos, pardos y esclavos que estaban de acuerdo con el federalismo y con las libertades étnicas y culturales.

En consecuencia, y gracias al Congreso de Angostura en 1819, luego del triunfo en la batalla de Boyacá, se crearía la Gran Colombia (conformada por las regiones de Quito, Venezuela y Cundinamarca). Cada uno de los territorios tendría un vicepresidente que contaría con cierta autonomía, aunque dependería de un control central. Al parecer, la unión haría la fuerza, y la consecución del bien común, la Independencia, garantizaría el buen funcionamiento del nuevo sistema. En palabras de Hans-Joachim König en su obra *En el camino hacia la nación: nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856*: “La característica distintiva de la formación del Estado colombiano fue su constitución bajo la amenaza externa, gracias a la defensa mancomunada contra el poder colonial español, que era todavía peligroso y se hallaba presente en algunas regiones del territorio del Estado” (König, 1994, p 333).

El congreso de Angostura, marca el inicio del nacionalismo suprarregional que se convertiría en la herramienta más poderosa en contra de la opresión española. Las medidas que la nueva estructura gubernamental tomó, debían traspasar las fronteras de las regiones y aplicar una legislación general que superara el estatus colonial y de dependencia de los territorios.

1.1 La nación como una nación de ciudadano. La familia granadina

Los conflictos entre centralistas y federalistas no serían superados por la unión aparente de las regiones, por

el contrario, y por causa de su recrudescimiento, se tendría que celebrar otro congreso en Cúcuta, hacia 1826. El centralismo triunfaría al derrocar la ley según la cual cada territorio gozaría de independencia política, y se instauraría la presencia de un gobierno central fuerte y autoritario, que residiría en Bogotá.⁷ De esta manera, el territorio se dividió en departamentos que desmembraron las tres unidades administrativas originadas en el Congreso de Angostura, y que serían comandadas por intendentes subordinados al presidente⁸.

Teóricamente, el principio que regiría a la naciente nación, sería el de la solidaridad entre los departamentos y sus habitantes. Para tal cometido y a usanza de la Revolución Francesa, se les denominó ciudadanos, dándoles el estatus de propietarios responsables de su territorio. Sin embargo, este principio de solidaridad y soberanía, estaba resquebrajado desde su nacimiento, puesto que, la población se encontraba dividida en ciudadanos de primera y segunda clase, a través de las normas establecidas para tener derecho al voto⁹. Por tanto, el término ciudadano no era más que un constructo discursivo que buscaba la homogenización de la población, y que presentaba en su engranaje teórico, todos aquellos derechos que España había negado a sus colonias: libertad, autodeterminación, desarrollo económico, la creación y el respeto de una sociedad étnicamente heterogénea. En palabras de Francisco de Paula Santander: “Ser ciudadano de Colombia es pertenecer a la nación de la libertad, de la constancia y del valor” (Santander, 1823, p 58).

Las metáforas de ciudadano y de familia granadina, estructurarían los principios de lo que Raúl Antero (2000) ha denominado “rituales de identidad”, y que se justifican y constituyen desde el discurso de poder, hacia el pueblo, para generar, de esta forma, puntos en común y de identificación entre uno y otro.

⁷ Para el primer período se eligieron a Simón Bolívar como presidente y a Francisco de Paula Santander como vicepresidente.

⁸ El nuevo Estado tomó cuerpo jurídico gracias a la Constitución de 1821.

⁹ Los ciudadanos de primera clase, aquellos que podían votar, debían tener una propiedad raíz superior a cien pesos. De esta manera se aseguraría que al cuidar sus propiedades e invertir en la patria, serían, de forma inherente, fieles a los principios nacionales.

A través de la imagen de ciudadano, el movimiento de la emancipación se justificaría de forma colectiva, y todos se convertirían en partícipes y responsables directos de su supervivencia. Por otra parte, la metáfora de familia, homogenizaría las causas libertarias y legitimaría la posición del joven sistema político. El territorio, entendido como la gran familia necesitaba de un padre que orientara las responsabilidades y decisiones de sus miembros, no sólo ante los nativos, sino ante los Estados europeos, que verían, desde esta perspectiva, un cuerpo ordenado y cimentado sobre las bases de igualdad de derechos. Como lo proclamaría Simón Bolívar en el Congreso de Angostura: “Yo quiero ser ciudadano, para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de libertador, porque éste emana de la guerra, aquél emana de las leyes. Cabiadme señor todos mis dictados por el de buen ciudadano” (Bolívar, 1819, p 32).

A pesar del aparato retórico que se había generado en torno a la imagen de ciudadano y familia, paso poco tiempo para que resurgieran los intereses regionales. Venezuela, por ejemplo, se sentía aún bajo el estatus de colonia, instaurado por el gobierno central¹⁰. La rebelión no se hizo esperar, y el 30 de abril de 1826, las provincias venezolanas se alzaron contra el gobierno central. Estos levantamientos evidenciaron la imposibilidad de aplicar el sistema uniforme propuesto en el Congreso de Cúcuta, y no pudieron superar las divisiones culturales de las regiones, que no se sintieron, en ningún momento, parte de un solo país, sino que reafirmaban constantemente sus diferencias como venezolanos, quiteños y neogranadinos, unos a otros se seguían considerando extranjeros¹¹.

El discurso de la Independencia que una vez trato de unir a las regiones, se transformó en objeto de escaramuzas entre los territorios que se confrontaban sobre el principio del número de muertos y sacrificios que cada uno había puesto dentro de la dinámica independentista. Por otra parte, la elección de Bogotá como sede del gobierno centralista, despertó la suspicacia de los venezolanos en relación con su capital Caracas¹². Otro factor, lo marcó la imposibilidad de aplicar las leyes de la misma manera en todos los territorios, puesto que cada uno tenía una geografía, cultura y economía distintas¹³. Las diferencias empezaron a abolir, dentro de los discursos, la presencia de la idea de familia, y se convirtieron en el tema principal de los discursos políticos:

No es posible, sin identificar el carácter de los pueblos, constituir los argumentos de la prosperidad por unas mismas instituciones. El carácter del venezolano y granadino es diferente, para aquel vivo y fogoso, parece adecuada la democracia; para éste, lento y tardío, un gobierno que tenga más suma de energía. (Argumento del diputado José Baños en la sesión del 24 de mayo de 1828).

En este punto y bajo el marco de las diferencias entre unos y otros habitantes, empieza a configurarse el discurso de la raza, mismo que caracterizaría la constitución y construcción de las historias de la literatura regional.

¹⁰ Los ataques contra el gobierno central se hicieron públicos en la prensa venezolana, en periódicos como *El Anglo-americano*, *El Argos* y *el Cometa*.

¹¹ Finalmente, Venezuela se separa de Colombia el 17 de noviembre de 1829; Ecuador, el 13 de mayo de 1830.

¹² Los viajes de los comisionados del gobierno venezolano y ecuatoriano a Bogotá, eran demasiado largos (de 50 a 60 días), este factor dificultaba su presencia en los actos legislativos.

¹³ La abolición de la esclavitud, por ejemplo, no afectaba mayormente a la Nueva Granada y a Ecuador, pero sí a Venezuela, que tenía como mano de obra de sus extensas plantaciones a los esclavos. En cambio, la supresión del tributo indígena afectó mayormente a Ecuador, ya que cubría el tercio de la recaudación fiscal.

2. El discurso de la raza, un correlato de la identidad nacional

Como ya lo hemos dicho, la piedra angular de la construcción de este discurso¹⁴, no es otro que la participación de cada una de las regiones dentro de la Independencia, su capacidad de sacrificio y arrojo. Con el tiempo, y como se evidencia en la intervención del diputado José Baños, el discurso de la raza se vincula a la capacidad política y democrática de los pueblos. La abolición de la Gran Colombia, conllevó a la nación a volver a estructurarse desde las diferencias propias de su territorio, a tratar de ordenar el sistema político que había sido dejado de lado por la idea de la gran nación. El discurso de la raza fue cambiando, y pasó de ser la razón por la cual, aquellos hijos de la independencia conformarían una gran familia, obedeciendo a la aparición discursiva del término raza, al motivo de disputa de una nación que por estar más cerca de la construcción de un gran territorio, había dejado de lado su propia geografía social.

De esta forma, otras características de tipo cultural como las lingüísticas, se unieron para generar un denominador común de los grupos humanos que conformaron nuestra nación¹⁵. La idea de Arnold, se relacionaría de manera inherente, al plan de legitimación de cada región, misma que en nuestro país debió esperar la entrada del siglo XX para conformarse consistentemente. La primera región que entraría en la dinámica de la construcción de un aparato literario que unificara la tradición local, fue Antioquia¹⁶. Sin embargo, el texto escrito por Libardo López, *La Raza Antioqueña* (1908) evidencia que la lucha por conformar un ideario regional, tuvo la misma procedencia, que el plan inicial de conformar la Gran Colombia: la

defensa de la represión y limitación de los territorios, bajo un orden hegemónico y autoritario. En palabras de López:

Debemos advertir, en primer término, que, aunque dichos escritos aparecieron en época en que la libertad de la Prensa estaba reprimida; aún más, á pesar de que, apenas salido el primer artículo de los correspondientes á los datos sobre nuestro pueblo, recibimos un apercibimiento del Gobierno en que se nos intimaba el abstenernos de tratar asuntos de razas y que pudieran despertar luchas entre los distintos pueblos del País, apercibimiento que se publicó al frente del segundo escrito, no fué esto parte á que tratáramos el punto con menos amplitud de la que deseábamos (López, 1908, p. 3).

Es evidente que la intención de López y de Juan José Molina, reafirma la idea según la cual, la construcción de una identidad regional, obedece, ante todo, a la reafirmación de la constitución de la identidad nacional, resquebrajada por la transición de la Gran Colombia, y de las regiones como correlatos de la misma, siempre sujetas a proyectos políticos de carácter hegemónico. Por su parte, el discurso central metropolitano, reproduce, a su vez, pautas canónicas de los discursos hegemónicos trasatlánticos y los decanta sobre sus regiones. La metáfora de la gran familia, sigue habitando las páginas de las historias de la literatura regional. Como es el caso de Molina:

Al pasar y repasar todas las piezas que forman la biblioteca, al estudiarlas y compararlas, y al hacer de ellas los extractos correspondientes, me he sorprendido al hallar numerosas piezas

¹⁴ La palabra raza, entró en el vocabulario de las lenguas europeas a finales del siglo XV, con el significado de "linaje", "familia", es decir, descendientes de un ancestro común, significado que se usó hasta bien entrado el siglo XIX.

¹⁵ Por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XIX, Mathew Arnold, poeta y ensayista inglés, creía que se podía transmitir la raza a través del lenguaje. Para ampliar esta idea, ver: Arnold, Matthew. *Culture and anarchy*; edited with an introduction by J. Dover Wilson. Cambridge: University Printing House, 1969.

¹⁶ Molina, Juan José. (1878). *Antioquia literaria*: Colección de las mejores producciones de los escritores antioqueños desde 1812 hasta hoy, publicados e inéditos con reseñas. s.c: Imprenta del Estado, 2ED. 504 p. esta será la edición citada en el presente trabajo.

literarias antioqueñas de indisputable mérito, poco conocidas en Antioquia, y con mayor razón fuera de ella; y he formado el proyecto de publicarlas en volúmenes ordenados para reclamar el rango que en justicia merezca Antioquia en la familia literaria de Colombia (Molina, 1878, p. 2).

El querer entrar a la gran familia literaria colombiana, reafirma la idea hegemónica de incorporar el principio de heterogeneidad como totalidad contradictoria (Cornejo Polar, 1996). Por ende, la lectura que propone Molina de la literatura antioqueña, tiende a unificar de manera arbitraria, los elementos y fenómenos pertenecientes a su región, sin presencia alguna de lo que Mijail Bajtin llamó el dialogismo¹⁷. El proyecto de formar parte de la miscelánea literaria nacional, apegada al patrón político regente conservador, de la patria unida por las letras, anula las contradicciones provenientes de culturas anteriores, de sustrato aborígen. Tanto así, que ningún texto proveniente de otra raíz que no sea la hispánica y la criolla, formaría parte del volumen de *Antioquia Literaria*, el discurso de legitimidad, generado en la época de la Gran Colombia, desde el sacrificio y la entrega a la causa libertaria, sigue siendo materia de clasificación y motivo de inclusión dentro del canon regional:

Antioquia ha figurado dignamente en la historia del país. La sangre de sus hijos anónimos ha corrido abundantemente y generosa desde Carabobo hasta Ayacucho; hemos tenido en Zea un capo d'Instria colombiano, que en hora de angustia arrojó un manto de oro sobre el esqueleto de la Republica (Molina, 1878, p. 3).

Sin embargo, y a pesar de la supervivencia del discurso nacionalista hegemónico, el estudio de las literaturas regionales, trajo consigo el conocimiento colectivo de

los antecedentes y dinámicas sociales de cada región, convirtiéndolos en escenarios donde se desarrollaron distintas culturas, evidenciando el papel histórico que cada una cumplió dentro del proceso de formación de la nación. La entrada de las regiones al ideario nacionalista, marcó también la necesidad de ampliar el horizonte de una cultura lineal, preñada de mecanismos de exclusión, que si bien dio entrada a los corpus regionales, no alteró la estructura horizontal de su mapa. Por otra parte, la vinculación de nuevas visiones de mundo y discursos, hace que los conceptos, antes cerrados al centro, se proyecten de manera procesual a la presencia de seres diferentes a los metropolitanos. Los escritores de las regiones, serían los primeros exponentes de esta visibilización territorial, su producción que hace parte del racionalismo literario, hace entender que la lengua es más que un medio de comunicación, convirtiéndose en el espíritu de una nación cuyas fronteras eran lingüísticas. Por ende, la historia de la literatura nacional, es análoga a la fisonomía nacional, en donde el territorio no es una unidad política, sino un grupo definido por la herencia. En el caso de las historias de la literatura regionales, la palabra nación, es sustituida por la palabra raza.

La búsqueda de legitimación de parte de los territorios regionales, traspasaba el interés primigenio de unión entre los pueblos, pero requería un mecanismo que facilitara la entrada de la región a la historia nacional. Este instrumento unificador, no fue otro que el "nativismo", mismo que funcionó como ordenador de una forma canónica que aceptaría dicha expresión, sobre otras que podían resultar más cercanas al espíritu real de la región. En palabras de Zulma Palermo:

La presencia del nativismo en el contexto de la producción nacional recondiciona a la producción de las regiones interiores del país que se sienten impedidas a dar cuenta de sus peculiaridades culturales como visión del

¹⁷ El concepto bajtiniano, no se debe interpretar como una simple puesta en escena del diálogo, como una condición interactiva de voces que ponen en presencia enunciados ideológicos. En palabras de Ramón Alvarado: "la noción de dialogicidad promueve un desplazamiento epistemológico que franquea las oposiciones, aparentemente irreconciliable de términos como identidades subjetivas versus identidades colectivas" (Alvarado, 1992: 150).

mundo, poniendo en texto usos y costumbres, mimetizando la oralidad y acriollando las tematizaciones desde el canon metropolitano (Palermo, 1993, p 327).

El nativismo, se constituye como la muestra fidedigna de la presencia constante, incisiva y reguladora, del discurso metropolitano sobre la producción y recopilación literaria de las regiones. La metáfora de familia y ciudadano, heredadas de la unión territorial de la Gran Colombia, tenían como objetivo principal la unificación y mitificación de las expresiones que conformaban la nación. Sin embargo, el malestar de las distintas regiones, reprodujo también la inconformidad de aquellas que alguna vez formaron parte el gran proyecto bolivariano: querer unificar bajo un mismo marco legislativo, social y cultural, distintos territorios y dinámicas históricas, significaba pertenecer al centro como una más de sus colonias. Por ende, la búsqueda de elementos que diferenciaron a la región de aquella masa nacional, no se hicieron esperar. El primero de ellos, no surge desde las bondades territoriales, sino de la presencia de una comunidad letrada que trata, por todos los medios, de culturizar un espacio casi inhóspito. Como lo expresa Juan José Molina:

Las letras se olvidan en Antioquia, como se olvidan aquellos que dieron su vida por la patria, muchas de las valiosas hojas de pensamiento político y literario, terminan en las boticas o como barquitos de papel en las manos de los niños. Es nuestra principal misión, mostrar al pueblo antioqueño la parte más importante de sus raíces, como elegidos que somos por tener conocimiento e interés. (Molina, 1878, p. 4).

El hecho de exponer un grupo letrado dentro de la región no reconocida por la metrópoli, se convierte en un interés principal dentro de estas historias, además de evidenciar una comunidad con grandes contradicciones en su interior. En este punto, el concepto de heterogeneidad dado por Antonio Cornejo Polar, expresaría, de forma directa la dinámica de la región:

Aunque de hecho varias identidades y territorialidades co-existen sincrónicamente en el sujeto, este sujeto no debe entenderse como transculturado o "híbrido." Más bien, es un sujeto descentrado o esquizofrénico, construido alrededor de dos (o más) ejes de identidad que son contradictorios de una forma que no resulta en una supresión-superación (Aufhebung) de la contradicción. (Cornejo Polar, 1987, p 250).

Esa contradicción constante dentro de cualquier cultura, se evidencia en las historias literarias, a través de la oposición entre cultura letrada y sustrato popular. El corpus, por ejemplo, está plagado de escritores soldados que jugaron un papel primordial en la independencia colombiana, pero las expresiones orales y vernáculos de la región, seguirían formando parte de un imaginario que no era digno de historiarse. De esta manera, la presencia de dicha oposición entre cultura letrada y cultura popular en las historias de la literatura regional, marca la entrada de dos epistemologías distintas y dialécticamente enfrentadas, en términos de Cornejo Polar, cuyo objetivo es conocer la realidad desde parámetros muy distantes pero frente a los cuales —al decir de Jacques Derridá (1997)— el pensamiento occidental ha optado por privilegiar solo un lugar y desautorizar al otro. Por tal razón, y como lo hace notar Antonio Gramsci en *Los intelectuales y la organización de la cultura* (1960), el escenario de las historias de convierte en un espacio de lucha por el significado hegemónico, ya no sólo en relación con el poder central, sino con la actividad propia de la región. Por ende, las contradicciones que se evidencian, exponen un escenario de tensiones y fuerzas, en palabras de Cornejo Polar:

Se encuentra constantemente sometido a una doble y contradictoria objeción: si desde determinadas perspectivas puede juzgársele excesivamente amplio, pues deja sin examinar las variantes intranacionales, desde otros puntos de vista, ciertamente contrarios, se le percibe más bien como una categoría

demasiado analítica, incapaz –por esto- de conformar una totalidad suficiente. (Cornejo Polar, 1982, p 69).

La presencia de un grupo ilustrado, que reafirma la fragmentación del corpus literario nacional, es en realidad, un reflejo de los discursos canónicos hegemónicos, y se presentan de esta manera, formas simbólicas que socialmente se valoran más. Por ende, el nativismo al que hacíamos referencia anteriormente, se transforma en una posición regional ilustrada, cuyo objetivo es situar las especificaciones regionales en un grupo capaz de producir una cultura, que obedece a una dinámica de regionalización. En consecuencia, la división del cuerpo literario nacional en literaturas andinas, antioqueñas o caribeñas, es resultado de luchas entre fuerzas de los territorios que esperan, cada uno desde su posición, legitimar la región ante los ojos del poder metropolitano. Estas divisiones, estarían enmarcadas bajo la oposición constante entre centro/periferia, en la que el lugar central lo ocupa el espacio textual privilegiado, y al interior de las regiones, esta misma jerarquización, se transforma en la oposición entre lo popular y lo culto.

Por ejemplo, para Bajtin la oposición entre la cultura “popular” y cultura “culto” (o, más bien, “letrada,” diríamos ahora) se encuentra directamente relacionada con una sociedad donde han aparecido las clases sociales, y tiene como punto de mayor disonancia la relación que ambas establecen con su propia historia. Mientras que la cultura “popular” se encontraría estrechamente ligada al campo de batalla, ocupando el lugar del grupo que sigue a su líder, la cultura “letrada” habría optado, más bien, por tomar el papel de farol guía, y sería digna de entrar al inventario de la historia nacional. Al respecto, Santiago López Maguiña ha hecho una observación indispensable: La cultura “popular” sería una cultura de la presencia, la “culto” de la representación (López Maguiña, 2000, p 4).

La cultura popular, sería la encargada de contar y narrar de manera oral e informal, las glorias de la región, mientras que la culta, estaría encomendada de eternizar, en la escritura, el papel que los intelectuales comprometidos, jugaron en el desarrollo del territorio. Por otra parte, la presencia de la cultura popular, serviría para justificar la presencia de los letrados y de su superación intelectual y material. En el caso de la obra de Juan José Molina *Antioquia literaria*, el letrado y luchador aguerrido que guía toda la región es Francisco Antonio Zea¹⁸, ejemplo de ello, es que la historia de las letras antioqueñas, es abierta por el discurso pronunciado por Zea en el congreso de Angostura¹⁹. Las palabras de Zea, reafirman el carácter “humilde” de la República:

No es por el aparato no la magnificencia de nuestra instalación y de nuestro territorio, sino por los inmensos recursos que la naturaleza nos ha proporcionado, por la sencillez de las gentes que pueblan la tierra en la que yo nací, y cuyo espíritu humilde pero aguerrido, nos trajo un pedazo de la Independencia. (Molina, 1878, p 4).

Es precisamente el carácter humilde el que caracteriza la cultura popular, y la convierte en el organismo que ofrendó su vida anónima a la causa de la emancipación. El grupo letrado, sería aquel que merecería entrar en la memoria nacional, respaldado por la misión de culturizar al resto de la población. En consecuencia, las historias de la literatura regional, no constituirían la idea plural de la identidad, por el contrario, reafirmaría la diversidad de elites en distintos campos que se equilibran y controlan mutuamente, conocidas como elites estratégicas. Sin embargo, en el centro de este campo de luchas, se encontraría situada la elite de poder, categorizada por Wright Mills (1993), como aquella que está compuesta por individuos en posiciones estratégicas de la estructura social, y que poseen el poder, la riqueza y la fama. El elemento

¹⁸ Nace en Medellín el 21 de octubre de 1770, muere en Inglaterra el 28 de noviembre de 1822.

¹⁹ Este discurso fue pronunciado el primero de enero de 1819 durante en Congreso de Angosturas.

que comparten muchas de estas elites, son las experiencias vitales que suelen estar unidas por razones familiares, económicas y sociales, y que además, tienen el interés común de favorecer el sistema que les beneficia. Como es evidente, la entrada de las regiones intranacionales, debían seguir apoyando el plan de nación expuesto por las elites de poder, en consecuencia, el constructo de región estaría condicionado por una estructura compuesta por un orden de propuestas modelizadoras del conjunto textual, que apuntan a una homogenización.

El regionalismo letrado estaría orientado, entonces, a concretar acciones de “reconocimiento”, devenidas del sistema oficial, basadas en planes de difusión de las producciones no metropolitanas de escritores reconocidos por la crítica hegemónica en sus lugares de origen. De esta forma, se crea la ilusión de que los materiales literarios quedan incorporados y legitimados dentro del sistema general, y dentro del discurso de raza al que se aludió con anterioridad. Es de esta manera que se convalidan y homologan proyectos hegemónicos como el criollismo y el regionalismo a ultranza. El sentimiento de pertenencia requiere una lectura de los textos que conforman el corpus regional, desde operaciones que los validen como resultado de la dinámica social e histórica, como por ejemplo el papel que el escritor nombrado haya jugado en eventos como la Independencia o la construcción de la nación. En consecuencia, se evidencia que la estructura de dichas historias, es análoga a la presente en las historias de la literatura nacional, ambas generan criterios de homogenización desde la pauta canónica y reafirman un “espectro” de unidad nacional y diversa que se sigue fundamentando en criterios metropolitanos.

El grupo letrado que se refleja en las historias de la literatura regional, tiene, además, la ventaja de crear y

manejar los escenarios en donde se genera la opinión pública como los periódicos, y por ende, tiene el control casi absoluto sobre cualquier constructo discursivo en relación con cuestiones étnicas²⁰. En el caso de las historias de la literatura regional, el discurso étnico, se relaciona con una herencia racial más que con un sistema social e histórico que una a la comunidad. En esta medida, la élites ilustradas regionales, impulsadas por las hegemónicas, como lo indica Robert Miles (1993), reafirman la existencia del discurso de raza como una creencia generada por un sector de la sociedad, para crear una idea del “otro”, y por tanto de sí mismo, como prelude a la exclusión y dominación, y de igual manera en el caso de los grupos dominados para resistir la dominación. Como resultado, las historias de la literatura de orden regional, proponen un sistema de periodización y corpus que reafirman la idea de apostolado del grupo letrado, sobre el grupo popular. Las imágenes y concepciones que en ellos se ofrece –de la historia, la literatura, los periodos, las generaciones, los autores, las obras y los géneros literarios– conforman, a su vez, la canonización de sistemas de valores y modelos de representación histórico-literarios de los sectores sociales dominantes. Sectores ocupados por sujetos letrados –en el sentido de Ángel Rama– desde donde opera precisamente una de las más vastas exclusiones de la modernidad latinoamericana: el quiebre entre el acceso a la letra (la escritura) y la marginación de todo el que no la sepa utilizar (la oralidad), lugar donde se inserta el debate tradición/modernidad que en “América Latina está atravesado por el problema del acceso a la escritura implicando centralmente a los sujetos e instituciones culturales” (Montaldo, 2004, p 39).

Esta dicotomía entre la cultura letrada y la popular (oral), pervive aún bien entrado el siglo XX. En el caso de algunas de las historias de la literatura de los países latinoamericanos que se han publicado a partir de la

²⁰ Este tipo de elites son llamadas por Van Dijk como *élites simbólicas*; es decir aquellas conformadas por periodistas, estudiosos y editores que tienen el control sobre la producción de los espacios cuyo fin es el exponer la opinión pública y los discursos colectivos. En Van Dijk, Teun (2003), *Racismo y discurso de las elites*. Barcelona: Gedisa.

segunda mitad del siglo XX, así como en años más recientes, es posible afirmar que, junto a la permanencia de dichos valores y modelos, nos encontramos ante la ausencia de una perspectiva orgánica y de conjunto de los procesos literarios nacionales y más aún de los regionales. Siguiendo a Beatriz González Stephan (2004), surgen las que podemos considerar 'historias parciales', que en el caso regional se han consolidado como la perspectiva dominante en el panorama histórico-crítico de estas literaturas. Dentro de los ejemplos de 'historias parciales' acerca de fenómenos o momentos específicos de las literaturas intranacionales podemos ubicar, entre otros, a la obra de Humberto Bronx *Historia de la poesía antioqueña* (1994), así como a la *Historia de la poesía en Popayán* (1536-1939) de José Ignacio Bustamante o *La novela en el Departamento de Nariño* (1990) de Cecilia Caicedo de Cajigas. En realidad, la construcción de una aparente identidad regional, seguirá obedeciendo al afán de legitimar la posición de la región, dentro de la realidad e historia nacional.

Por ende, el discurso regional, sustentado sobre el constructo de raza, funciona como uno de los elementos artificiales, inherente a toda historia literaria, y cuya función consiste en la selección de criterios —de agrupación y división— con el fin de organizar autores y textos en principio individuales y aparentemente aislados que reafirmen el objetivo de legitimación bajo la idea de la literatura como categoría clasificatoria y como instrumento de poder (la institución letrada), el concepto de nación y de una literatura nacional y la construcción del canon literario. De este modo, el cambio de perspectivas de periodización que incluyan, realmente, la producción de las regiones, ya no mediadas desde discursos hegemónicos, hace necesario el reordenamiento de los espacios regionales, y de su corpus heterogéneo y contradictorio que evidencia su variedad y diversidad cultural. En consecuencia, es necesario estudiar el elemento canónico desde su variabilidad en el tiempo y en cada microespacio más allá de las fronteras preestablecidas. Todo sobre una base contrastativa y dinámica. En palabras de Alvarado:

Sin duda, el dinámico proceso de recomposición de identidades individuales y colectivas es uno de los rasgos característicos del tránsito en el que se encuentran las sociedades y las culturas en la actualidad. Estas nuevas realidades exigen en los investigadores un esfuerzo suplementario para describir, concretamente, las mutaciones e hibridaciones del sentido de pertenencia (Alvarado, 1992, p 160).

Bibliografía

- Actas del Congreso de Angostura: febrero 15, 1819-julio 31, 1821 / prólogo de Francisco Brice. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Facultad de Derecho. Instituto de Derecho Público, 1969.
- Alvarado, Ramón, "Nacionalismo, lenguaje e identidad colectiva", en *Versión 2* (abril: 141-162), 1992.
- Arnold, Matthew, *Culture and Anarchy*; edited with an introduction by J. Dover Wilson, University Printing House, Cambridge, 1969.
- Bolívar, Simón, "Proclama", en: *La Gaceta de Colombia*, (4 de octubre de 1821).
- Bronx, Humberto, *Historia de la poesía antioqueña*. Medellín: s.e, 1994
- Bustamante, José Ignacio (1939). *Historia de la poesía en Popayán (1536-1939)*, Popayán: Talleres Editoriales del Departamento.
- Caicedo de Cajigas, Cecilia (1990). *La novela en el Departamento de Nariño*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Colmenares, Germán (1959). "Consideraciones acerca de la idea del derecho natural", *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* Bogotá: Vol. 54., No. 449 (mar.-may): 13-25.
- _____. (1987). *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá: Tercer Mundo Editores.

- _____. "El conservatismo y sus fuentes". Eco (Bogotá). – Vol. 12, no. 1 (Nov): 8-30, 1965
- _____. (1987). *Las convenciones contra la cultura: ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*, Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Cornejo Polar, Antonio (1982). *Sobre literatura y crítica latinoamericana*, Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- _____. "La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias", Ana Pizarro (comp.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, Colegio de México, 1987
- _____. "Heterogeneidad y contradicción en la literatura andina. (Tres incidentes en la contienda entre oralidad y escritura)", Nuevo Texto Crítico 5/9-10: 103-111, 1992
- _____. Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas, Editorial Horizonte, Lima, 1994
- Derrida, Jacques, La diseminación; traducción José Martín Arancibia, Editorial Fundamentos, Madrid, 1997
- González Stephan, Beatriz, "Notas para un proyecto de historia global de la literatura venezolana", en: Hispamérica, Año XVIII, Núms. 53-54, 63-74, 1989
- _____. "La aguja subversiva: el des-borde de la ciudad letrada", Revista Iberoamericana 206 (enero/marzo): 159-182, 2004
- Gramsci, Antonio, Los intelectuales y la organización de la cultura; traducción de Raúl Sciarreta, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1960
- Konig, Hans-Joachim, En el camino hacia la nación: nacionalismo en el proceso de formación del estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750 a 1856, Banco de la República. Departamento Editorial, Santa Fe de Bogotá, 1994
- López Maguiña, Santiago, "Notas sobre las nociones de cultura y de sujeto"(manuscrito). En proceso de publicación. 2000
- López, Libardo, La raza antioqueña, editorial Universidad de Antioquia Medellín, 1908
- Miles, Robert, *Racism and race relations*, Londres, Routledge, 1993
- Molina, Juan José, Antioquia literaria: colección de las mejores producciones de los escritores antioqueños desde 1812 hasta hoy, publicados e inéditos con reseñas. s.c, Imprenta del Estado, 2ED, 1878
- Montaldo, Graciela, "Culturas críticas: la extensión de un campo", en: Iberoamericana. América Latina-España-Portugal, Iberoamericana Editorial/Veruert Madrid, Vol. IV, núm. 16, 35-47, 2004
- Palermo, Zulma, "Sobre nacionalismos y regionalismos o los avatares de las políticas literarias metropolitanas", en Cuadernos de humanidades, No 11, pp 323-340, 1999
- Santander, Francisco de Paula, "Proclama", en, La Gaceta de Colombia No 113-114, dic, 1823
- Téllez, Hernando, "Nacionalismo literario", Boletín cultural y bibliográfico (Bogotá). – Vol. 4, No. 10 (Oct): 927-929, 1961
- Van Dijk, Teun, *Racismo y discurso de las élites*, Gedisa, Barcelona, 2003.
- Vergara y Vergara José María, Historia de la literatura de la Nueva Granada. Parte Primera. Desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820), Imprenta de Echeverría Hermanos Bogotá:, 1867